

Deber y condiciones de eficacia

CUARTA PARTE

Las circunstancias

CAPÍTULO I

SITUACION, CIRCUNSTANCIAS

por

JEAN OUSSET

DEBER Y CONDICIONES DE EFICACIA

por

JEAN OUSSET

CUARTA PARTE

LAS CIRCUNSTANCIAS

CAPÍTULO I.

SITUACION, CIRCUNSTANCIAS

Después de habernos ocupado del problema de los HOMBRES... (II parte) y de los INSTRUMENTOS y de los METODOS que se ofrecen al hombre para actuar mejor (III parte), es el momento oportuno para abordar el problema de las circunstancias en las que el hombre puede encontrarse para actuar.

¡Circunstancias, situaciones, acontecimientos!

Los términos importan poco. Lo esencial es comprender que se quiere designar al conjunto de esas condiciones de tiempo y de lugar, de las que la acción es siempre tributaria.

* * *

Los HOMBRES, los INSTRUMENTOS, las CIRCUNSTANCIAS, tal es la trilogía de la acción.

Basta olvidar a uno de estos elementos para que sean inmediatos la debilidad, la ineficacia y el desorden.

Pensar sólo en las circunstancias, en la herramienta, sin cuidarse del obrero, sería locura.

Y también serían locos los que, pensando tan sólo en los hombres y en las circunstancias, descuidasen los instrumentos de la acción.

Y siempre locos los que, no interesándose más que en los hombres y en la herramienta, despreciasen la importancia de las circunstancias.

Loco, por otro lado, quien pretenda utilizar en la acción solamente a uno de estos tres elementos. Y por ello desprecie a los otros dos.

Para nada sirven, en efecto, los desvelos para organizar una tropa escogida si los que la componen carecen de todo sentido de la ocasión afortunada, del obstáculo a evitar, de la transacción oportuna, etc.

Pero aún más estéril es el oportunismo sin principios, como sucede con la masa inmensa de aquellos para quienes actuar se limita sólo a reacciones, a frases, a movimientos suscitados cada mañana por el eco de lo que ha sucedido la víspera. Acción típica de esos periodistas, a tal punto embebidos en el análisis de su "diario", que ya no piensan más que en función del instante, al ritmo de la llegada de las "noticias". Sin ninguna visión de conjunto o a largo plazo. Actuación a corto plazo, cuya fatuidad tanto menos se percibe cuanto más embriagador es su ritmo, más inmediatamente absorbentes sus problemas.

* * *

Mas, por indispensable que sea ese triple afán por los HOMBRES, los INSTRUMENTOS y las CIRCUNSTANCIAS, no deja de haber un cierto orden entre ellos.

Por ello, la formación de los HOMBRES y una mejor adaptación de los INSTRUMENTOS son siempre útiles, cualquiera que sea el acontecimiento. Porque sin HOMBRES formados y sin INSTRUMENTOS aptos, las oportunidades más sensacionales nunca podrán ser explotadas. En tanto que siempre es posible reaccionar contra un acontecimiento desgraciado, y, con

mayor razón, captar, explotar, la ocasión feliz, si los HOMBRES y las HERRAMIENTAS han sido bien preparados.

Si bien es verdad que los obstáculos y las dificultades tienden a parecernos demasiado numerosos, no deja de ser menos cierto que la ocasión se ofrece siempre a quien sabe aprovecharla; y que los HOMBRES son los que faltan, si así se pudiera decir, a las CIRCUNSTANCIAS, y no las CIRCUNSTANCIAS a los HOMBRES. ¡Cuántas ocasiones se perdieron así, porque no hubo HOMBRES formados para aprovecharlas, o porque era mediocre el INSTRUMENTO que tenían esos HOMBRES para explotarlas!

No obstante lo cual..., cualquiera que sea la importancia del factor HOMBRE y del factor INSTRUMENTO, no es menos indispensable tener un sentido justo de las circunstancias..., ya que éstas no pueden dejar de influir, mucho o poco, en la acción a realizar. Pues no cabe duda que la utilización de los hombres, el empleo de los instrumentos, no habrán de ser los mismos en una "democracia popular" que en un Estado católico.

El estudio de las circunstancias es, pues, indispensable para que el comportamiento de los HOMBRES sea más idóneo, y mejor regulado el empleo de los INSTRUMENTOS.

En países divididos por sus creencias, por ejemplo, habrá que prever fórmulas de compromiso. Fórmulas de acuerdos parciales, no satisfactorias por eso, y que será preciso hacerlas lo menos peligrosas posible. Abiertas, si fuera hacedero, a las deseables mejoras.

Por consiguiente, es obligado estar atento al desarrollo de las circunstancias para utilizar sus menores recursos y causar los menores daños y estragos posibles. Porque si el Apóstol ha escrito, en efecto, que la verdad hay que recordarla *opportune et importune*, no deja San Agustín de hacer observar que aquél ha puesto en primer lugar el término *opportune*. Y que la invitación a predicar, en caso necesario, *importune* (a destiempo), va sólo a continuación.

Sentido de la oportunidad, que no es más que el sentido del ACONTECIMIENTO.

LAS CIRCUNSTANCIAS... CUADRO PROPIAMENTE DICHO DE LA ACCIÓN.

... o dicho de otro modo: el cuadro mismo de la acción.

Las condiciones todas de tiempo y de lugar, los diversos acontecimientos.

Situación más o menos general, más o menos antigua, nacional o internacional. O, por el contrario, conjunto de pequeños hechos locales. Porque si hay acontecimientos "a escala mundial", como se dice hoy, hay otros que no afectan más que a un solo país, a una sola región, a un solo municipio.

Hay otros, aún, cuyas repercusiones se prolongan en el tiempo, mientras que algunos no llegan siquiera a durar una quincena o un mes. De ahí la necesidad de explotarlos sin demora. Hay acontecimientos que suponen como la inauguración de un período. Son "eras", que decía José de Maistre. Hay otros que sólo son incidentes del día o locales. La "Revolución llamada francesa" (1) pertenece, sin duda, a la primera especie, pues es evidente que sus repercusiones, su influencia, se extendieron por el mundo y en el tiempo.

Hay, pues, acontecimientos generales, mundiales, internacionales.

Hay acontecimientos-situaciones históricos, geográficos, psicológicos de un país determinado.

Hay acontecimientos de alcance secular. Como hay acontecimientos que son ocasiones venturosas o desastrosas de un día.

Pero aunque los acontecimientos llamados importantes puedan serlo, en efecto, mucho más que los reputados menores, sería grave error pensar que estos últimos no merecen ser tomados en consideración. Porque ocurre que hechos en un principio sin importancia adquieren después la importancia que una explotación hábil de los mismos ha sabido darles. La toma de la

(1) Expresión de Pío XII: "Carta erigiendo en Basílica menor a Nuestra Señora de Tables en Montpellier".

Bastilla es modelo en su género. Prueba de que unos pequeños acontecimientos pueden ser ricos en consecuencias si han sido convenientemente explotados: los mayores éxitos, como las derrotas más sombrías, han sido debidos, a veces, a causas mínimas. ¡Y cuántos han fracasado por haber subestimado —como le aconteció a Luis XVI el 14 de julio— lo que tomaron por un incidente o un acontecimiento secundario!

Extremada variedad, pues, la de las circunstancias, ya que tomando este término en el sentido amplísimo en que lo empleamos aquí, puede servir lo mismo para designar hechos tan dispares como la Cristiandad del Medioevo, la Revolución Francesa, el asesinato del Presidente Kennedy, o, en fin, el éxito de Juan o Pedro en las elecciones municipales. Dificultad, por consiguiente, en “captar” bien el acontecimiento. Normalmente es tan complejo que permanece siempre un poco misterioso.

Seguramente por ello Dios se reserva esta parte de nuestra acción con preferencia a otras.

Y se adivina el papel que en ello pueden desempeñar con la oración un preciso discernimiento de los espíritus, las santas reglas de la elección, la piadosa costumbre de lo sobrenatural. De ahí la íntegra arrogancia de Juana cuando apostrofó a los que impugnaban sus planes: “en nombre de Dios os digo que el consejo de mi Señor es más acertado que el vuestro. Habéis creído que yo me equivocaba. Y fuísteis vosotros los equivocados”.

Aunque lo más frecuente es que Dios no haga milagros, y, si tiene en cuenta lo que se le pide, espera de nosotros fundamentalmente que le pidamos lo que es prudente, lo que es razonable.

Lo razonable y lo prudente es estudiar las circunstancias, no para observar curiosamente en ellas sus rasgos anecdóticos, sino para captar lo esencial, comprender sus mecanismos fundamentales.

De ahí el interés de un serio estudio de la Historia. Ella es el inmenso repertorio de la acción, y, por lo mismo, la gran educadora. La que puede desenvolver ese sentido de la situación,

que tan a menudo ha multiplicado las posibilidades de éxito de los hombres o de los instrumentos, por otro lado mediocres.

Porque buena o mala, la trama del acontecimiento (en el sentido amplio en que se ha comprendido tomamos este término) es el terreno mismo de la acción. La base de partida obligada, nos guste o no nos guste. Terreno que hay que aceptar, valga lo que valiere, a pesar de las críticas o condenaciones que pueda merecer, porque no deja de ser éste el campo, confiado por la Providencia, que debemos, por mucho que nos cueste, roturar, labrar, fecundar en nombre del Señor.

Es preciso saber trabajar en este presente y no en el pasado desaparecido, ni en un futuro que queda por hacer. Este presente es nuestra pista de despegue, por alejada que parezca de la meta.

¡Aun cuando todo parezca imposible!

Dado que el medio más seguro para llevar a cabo una empresa calificada de imposible es tan sólo dar el primer paso —posible— en la buena dirección. Pues cada posibilidad realizada da acceso a otra nueva posibilidad. Revelándose, entonces, lo imposible como fraccionable y fraccionado en un conjunto multiforme de pequeños posibles.

Pero en un conjunto de pequeños posibles, que sólo un sentido agudo de las circunstancias podrá descubrir. De esta suerte, la derrota de ayer podrá contener los elementos de la victoria de hoy, pues Dios, como se dice, sabe escribir derecho con renglones torcidos! ¿Quién hubiera podido prever a comienzos de siglo que la "ley sobre los inventarios" habría de ser, sesenta años más tarde, una fórmula de defensa contra la devastación de nuestros santuarios por los llamados "nuevos curas" iconoclastas?

El acontecimiento entraña siempre, en efecto, cambios sorprendentes. El arte de la acción consiste tanto en percibirlos como en captarlos.

Porque si es cierto que los acontecimientos no dependen de las improvisaciones de nuestro capricho, basta a veces, con muy poco para cambiar el carácter y la dirección de las circunstancias.

De forma que, como escribe Maurras, "el que se da cuenta de la cantidad de diversos efectos y lejanas consecuencias que pueden nacer de la más insignificante iniciativa de un hombre o grupo de hombres bien dirigidos... se hace completamente incapaz de desesperación".

O, como ha dicho Gustave Thibon: "¿hay enseñanza más varonil para las jóvenes generaciones que manifestarles que ninguna herencia del pasado es firme, que ninguna promesa del porvenir es cierta y que la realidad del mañana depende únicamente de su fidelidad, de su arrojo..." y, añadimos nosotros, de su perspicacia en captar y explotar el acontecimiento.

* * *

La rueda gira sin cesar.

Y, aunque el objetivo siga siendo el mismo, hay que pensar en alcanzarlo con fórmulas sumamente flexibles. Fórmulas que no obstaculicen nada, que no condenen las oportunidades del mañana a la mediocridad, cuando no a la miseria de hoy. Fórmulas que no corran el riesgo de impedir los progresos en el futuro.

Ahora bien, ¿cuántos cristianos, clérigos o laicos, habrían con gusto, en estos "tiempos del Concilio", momificado a la Iglesia con el exclusivo deseo de adaptarla a "nuestro tiempo"? A ese "nuestro tiempo", que mañana habrá ya pasado.

Y por ello, ¿no es evidente que un justo sentido de las circunstancias no consiste en dogmatizar sobre el momento, en dogmatizar sobre el detalle de lo que es deseable o inevitable en lo inmediato? Porque esta forma de captar el acontecimiento no puede ser, y no lo es de hecho, más que una traición a la doctrina. Un justo sentido de las circunstancias exige, por el contrario, no ligarse, sino en lo preciso, a la actualidad, para poder mejor continuar mañana progresando hacia el único objetivo imprescriptible.

Nunca se dirá bastante que en la adversidad es preferible soportar y callarse, en vez de dogmatizar sobre la derrota para

tratar de endulzar su sabor. Porque siempre es posible enderezarse frente al fracaso que no se ha cesado de llamar siempre fracaso; mientras que toda reacción queda psicológicamente comprometida si al fracaso se le presenta como el punto culminante de una evolución legítima.

No hay, pues, peor corrupción del sentido de las circunstancias que esas concepciones evolucionistas, con respecto a las cuales todo es justo y bueno de cuanto acontece. Concepciones que simplifican al acontecimiento para "mesianizarlo".

No se puede ni se debe "dogmatizar", sino en el plano de las verdades supremas. Pues quien dogmatiza sobre el medio se halla condenado a la siguiente alternativa...

... o lo que él propone sea satisfactorio desde un punto de vista doctrinal; pero puede temerse que la mediocridad del acontecimiento haga inaceptable esta casi-perfección.

... o que lo que él propone sea inmediatamente aplicable; pero puede temerse que el valor de la proposición corresponda a la mediocridad de la situación.

Sería doloroso, en consecuencia, que lo "mejor", codificado en esos textos, pueda llegar a ser algunos meses más tarde un argumento susceptible de frenar la continuidad de la progresión.

O dicho de otra forma: Cuando, en la acción, hay un gran retraso que recuperar, no es bueno empacharse de fórmulas cuya insuficiencia dogmática o práctica las condene a breve duración.

Dogmatizar sobre una etapa, incita a permanecer en ella.

Tengamos menos gusto por las recetas fijistas que por el deseo de ir hacia adelante.

El hombre de acción descuella menos en instalarse en el hoy que en captar, en el acontecimiento inmediato, lo que le permitirá mañana asegurar mejor el triunfo de la verdad.